

Las manipulaciones de Benito Ampudia

Por Enrique Serna*

Eran dos las teorías que se manejaban en la colonia para explicar la ingenuidad y la candorosa estupidez de Benito Ampudia. Una psicológica: el excesivo apego a su madre lo había hecho inseguro y temeroso ante el mundo exterior. Otra médica: su tumor cerebral, aunque benigno, le había causado una atrofia en la región de la masa encefálica donde residen la malicia, la desconfianza, el mínimo de soberbia que todo hombre necesita para vivir en comunidad. Aunque tal vez su inteligencia no fuera inferior a la de los autores de tales teorías, su tartamudeo incesante, así como la tardanza en comprender los chistes de que era objeto, habían hecho de la idiotez una etiqueta fielmente adherida a su personalidad, el adjetivo que siempre acompañaba su nombre. No era extraño, cuando aparecía en "Cumbres del Valle" un muchacho nuevo, que su primer síntoma de aclimatación al ambiente fuera sumarse al coro de agresores de Benito Ampudia. Era una forma sencilla de romper el hielo; después de cumplir con ese protocolo, ser aceptado en la colonia era cosa de trámite, ya se podía estar seguro de ser invitado a la próxima fiesta. La familia de Benito, lejos de molestarse porque fuera la víctima de los vecinos, se hacía de la vista gorda para no enemistarse con ellos. Pese a que todos hacían esfuerzos por tolerarlo, no podían ocultar la impaciencia que les producían sus dificultades para expresarse, su afán por prolongar la niñez, la visión azul pastel que tenía de la vida. Nadie se desesperaba tanto como sus hermanos, quienes, siendo menores, juzgaban a su mayor como un caso patético; no veían en él más que una terrible discordancia entre su edad física y su edad mental: un cuerpo de diecinueve años manejado por un cerebro de once. No llegaban a la extrema sinceridad de anhelar su muerte, pero no les hubiera disgustado que su madre lo encerrara en el desván, como a un mueble desvencijado que da pena enseñar a las visitas. También deseaban su reclusión en un internado, pero por temor a recibir reproches no se atrevían a proponerlo a sus padres. Como si adivinara los sentimientos de sus hermanos, Benito se esforzaba por participar activamente en la comunidad adolescente, logrando con ello que su presencia en el hogar fuera un tumor semejante al que él le coronaba la cabeza, una lacra tan llamativa que les impedía tratar a los vecinos de igual a igual. Nada los avergonzaba tanto como su pizarrón.

*Alumno de la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM.

¿Quién le había sugerido esa estúpida forma de calificar a los demás? ¿Pretendía que se comportaran de acuerdo a sus juicios aquellos que lo consideraban ridículo? Si no hubieran tenido como norma rehuir toda conversación con él habrían sabido que tomó la idea de la escuela. Para mantener el orden en clase, los maestros escribían en el pizarrón dos listas que establecían de modo tajante su evaluación de la conducta del grupo. En una columna ponían los nombres de los “buenos”, añadiéndoles sendas palomas cuando la bondad alcanzaba excelencias. En otra consignaban a los “malos”; los más sobresalientes villanos tenían junto a su nombre un cementario de cruces. Benito, por supuesto, había figurado siempre entre los “buenos”. Aunque —según la explicación de su madre— un enfermizo afecto por los maestros lo había hecho repetir cuatro veces el tercer año de secundaria, nadie podía negar por ello que su conducta era intachable. Cruzado rígidamente de brazos, permanecía impasible como un soldado raso hasta que la campana señalaba el descanso; entonces veía su nombre condecorado y se llenaba de orgullo: pertenecía a la crema y nata de su salón, que nadie le dirigiera la palabra si no tenía su rango.

Su madre se extrañó la primera vez que vio el pizarrón colgado en la puerta de la casa . . . y más tarde se horrorizó al descubrir su función. Ahí, como en la escuela, Benito clasificaba a los muchachos del barrio. Aquellos que se burlaban de él eran “malos”; los que lo trataban cortesmente o por lo menos no lo molestaban, veían premiada su actitud en la columna contraria. La implantación de la pizarra causó júbilo entre los vecinos: lo que antes era un caso ridículo sólo para los jóvenes llegó a conocimiento de los adultos. Es verdad que algunos reprendían la crueldad de sus hijos, pero casi siempre los regaños terminaban en risas de complicidad que aprobaban tácitamente su conducta. Cada tarde, al regresar del colegio, Benito hacía los ajustes que requerían las variaciones en el comportamiento de la colonia. Cada tarde, los mencionados acudían gozosos, pero fingiendo gravedad, a descubrir en qué columna figuraba su nombre. Su regocijo se duplicaba si aparecían en los “malos”; era digno de lucirse tener bajos los bonos en el ánimo de Benito, varias cruces daban un status de pependenciero y bromista que todos querían alcanzar. Ser “bueno” producía el efecto contrario: los pocos premiados con ese mote ganaban una reputación de seriedad nada favorable según el veleidoso criterio juvenil de “Cumbres. . .”. Benito no tenía conciencia del ridículo; al comprobar que los vecinos consultaban su pizarrón creyó que su opinión tenía peso sobre la moral del barrio. No tenía dudas: había creado un espejo en el que se reflejaban los defectos y las virtudes. Lo único en lo que no se equivocaba era en el enorme interés que despertaban sus listas. Eran tomadas como un medidor de la popularidad, el “hit-parade” en el que sólo figuraban los más audaces, simpáticos y faltos de escrúpulos. Ahí podían chearse las fluctuaciones de “rating” de los jóvenes más admirados de la colonia. Lo peor para Benito era lo mejor de lo mejor para el sentir adolescente. Una cruz menos molestaba. Ser borrado de los “malos” era tomado como un insulto. Algunos hasta sentían deseos de reclamarle a Benito que no reconociera sus empeños por molestarlo. ¿No soy acaso quien más te ha jodido esta semana?, le hubiera querido decir más de una vez alguno de los afectados. Pronto el espacio del pizarrón fue insuficiente para contener el grupo de los condenados por Benito. Nadie que aspirara a ser alguien en Cumbres del Valle podía estar fuera de la lista negra, sólo alguien que quisiera ser nadie. Y nadie quería ser nadie. La minoría que había sentido lástima por él y lo había tratado con benevolencia en consideración a su tumor se convirtió en la vanguardia imaginativa y sarcástica de sus enemigos. Fueron quedando tres, dos, un solitario “bueno” que, para colmo, era el hijo del dueño de la misce-

lánea, un pobre paralítico que rara vez salía a pasear en silla de ruedas. Fue al llegar a este punto cuando cambió drásticamente la actitud de Benito. ¿Se daría cuenta de todo en un momento de lucidez? ¿Habrá sido desengañado por alguno de sus hermanos que se avergonzaba del juego?

Cualquiera que haya sido el motivo, el hecho es que todo “Cumbres. . .” se sorprendió con su repentino cambio de parecer. Un lunes por la tarde, todos los que habían estado el día anterior en la columna de “malos” pasaron de golpe a la de “buenos”, quedándose el paralítico con el monopolio de la maldad. Las cruces que antes marcaban los distintos niveles de infamia se habían convertido en las palomas que premiaban una inexplicable virtud. Un sentimiento de indignación y estupor se apoderó de los muchachos. Las primeras reacciones, producto de la precipitación y de la furia que les produjo el cambio, fueron el recrudecimiento de las ofensas a Benito y la preocupación de los damnificados por justificar ante sus amistades el ignominioso título que les había sido impuesto. El mayor cristal de la casa de Benito fue quebrado por una piedra que traía sujeto un papel en el que Federico Alpuche se atribuía el acto. Un alud de llamadas telefónicas mantuvo despierta esa noche a la familia Ampudia. “Benito es puto y retrasado mental”, oían sus hermanos al descolgar la bocina, y enseguida venía la identificación del hablante. Los resultados de la campaña de agresiones fueron desastrosos para quienes la emprendieron. Al día siguiente fue inaugurada una nueva columna en el pizarrón de Benito: la de los “muy buenos”. La encabezaban Federico Alpuche, Oscar Terán y Samuel Alcántara, sus más empecinados detractores. Esta vez no se produjeron reacciones violentas. El nuevo casillero causó incertidumbre, perplejidad, desconcierto. Nadie podía consolar a los afectados por el nuevo capricho de Benito. Si figurar como “bueno” era un desprestigio, estar entre los “muy buenos” resultaba desagradable y sumamente penoso; quedaban como íntimos de Benito cuando su mayor empeño había sido demostrar que lo despreciaban más que nadie. Lo más insoportable de su situación era que ya no sabían cómo respondería Benito si volvían al ataque. Su estupidez —estaba comprobado—, era infinita; bien podía entrenar la columna de “muy pero muy buenos” si volvían a hostigarlo. Durante una semana permanecieron a la expectativa. Todas las tardes acudían a checar las listas con la esperanza de ver alguna novedad y se alejaban con el mismo gesto decepcionado. Federico Alpuche fue quien primero sufrió las consecuencias de ser “muy bueno”. Una mañana, camino de la escuela, oyó una voz femenina que le decía: “A ver cuándo me presentas a tu nuevo amiguito”. Al voltear descubrió que la autora del comentario era Leonor Aceves, la dueña de las mejores nalgas y la peor reputación de la colonia. Su tono de voz y la forma como le dio la espalda sin darle oportunidad de responder lo hicieron comprender que hasta entre las mujeres se había desacreditado. Su posición en la pizarra lo había afectado incluso en el importantísimo terreno sentimental. Toda esa noche estuvo meditando cómo solucionar su caso. Tenía dos opciones: hablar con Benito y convencerlo de que nadie tenía más merecimientos que él para estar en los “malos”, o recurrir otra vez a la violencia. Decidió reincidir: en una cartulina dibujó la figura de Benito con un tumor casi tan grande como su cuerpo que sobresalía como un pepino entre su mata de pelo. Iba decidido a colgar la caricatura junto al pizarrón con su firma al calce, cuando una intuición lo hizo detenerse y regresar a casa.

No era por la mala como volvería a ser de los “malos”. Si sus presentimientos no lo engañaban él había sido el primero en comprender las nuevas

reglas del juego. Sabía que a Benito le fascinaban los rompecabezas. Compró uno de dosmilquinientas piezas a la mañana siguiente. Lo encontró cuando salía de su casa cargando una pesada mochila. Tras de cruzar unas cuantas palabras se lo entregó y se alejó corriendo, atento a las ventanas por las que, para su fortuna, no se asomaron testigos que lo hubieran arruinado todo. Se había jugado la última carta: la de suponer que Benito no era tan imbécil y había notado que su pizarrón, interpretado a la inversa, funcionaba como termómetro de popularidad en Cumbres del Valle. Era un albur, pero siendo “muy bueno” ya, nada podía perder en el intento. Esa misma tarde comprobó lo acertado de sus sospechas. Acompañado por cuatro preciosas cruces, su nombre había vuelto a su colocación primitiva: el entrañable compartimiento de “malos” de donde nunca debió ser borrado. Terán y Alcántara contemplaban incrédulos la rectificación; estaban pálidos de la envidia. Junto a ellos pasó Federico pavonéandose de su triunfo. “Otra vez me odia el pinche unicornio”, les dijo al pasar, lanzándoles el nuevo apodo como una bofetada que remarcaba ese momento de gloria.

A juzgar por el cambio que se produjo en las semanas siguientes, Federico no fue el único en comprender las nuevas condiciones de Benito Ampudia. A diario se registraban regresos al campo de “malos”, sin que nadie se atreviera a revelar de qué se había valido para conseguirlo. El desprecio público hacia Benito iba teniendo como reverso una estimación secreta, materializada en un mercado negro de atenciones y regalos que él aceptaba con una mezcla de inocencia y cinismo. Marcos Beltrán lo acompañaba una hora diaria a ver televisión, entrando y saliendo furtivamente de su casa. Saúl Trejo, quien surtía de mota a los macizos de la colonia, quiso regalarle medio kilo de marihuana que desde luego Benito rechazó. Oscar Terán, haciendo prodigios para pasar desapercibido, lo llevó con una putas cuyo aspecto y olor le produjeron náuseas. Cada buena acción se reflejaba de inmediato en el pizarrón, lo que hizo crecer de nuevo la columna de “malos” y despoblar la columna opuesta, que volvió a ocupar en exclusiva el inválido de la miscelánea. En cuanto a los vituperios en público, nunca alcanzaron tal poder corrosivo como entonces. Los chistes, apodos, imitaciones y dibujos sobre Benito florecieron con mayor esplendor que antes: algunas de las novias, que siempre habían fingido compasión, se adhirieron a la jubilosa legión que había encontrado en agredirlo un remedio contra el aburrimiento, un punto de identificación mejor que el programa de moda o el ídolo de la canción en turno:

¿Ya te sabes el último chiste de Beni?; está in-cre-í-ble.

A mi antes me daba pena pero ahora ya me da risa el pobre.

Llegó a ser un ingrediente esencial en toda conversación, el plato fuerte de cada reunión era hundirle una buena andanada de incisivas y penetrantes puñaladas verbales. Fue más importante que nunca ocupar un puesto destacado en la tabla del escarnio, sobresalir en ella con la mayor cantidad de tachones posible. Además de un incremento en el valor de los obsequios clandestinos, se desató una batalla desleal consistente en delatarse unos a otros ante Benito. Cada delator revelaba la verdad sobre los demás con la esperanza de quedarse solo en la lista como un príncipe del mal, amo absoluto de la simpatía, el atrevimiento y el desparpajo. Al cruzarse las acusaciones, nadie quedó a salvo de ser descubierto. El mismo que ayer había revelado a Benito los horrores que se decían a sus espaldas, era hoy acusado como el más empeinado en denigrarlo públicamente. En el pizarrón podía detectarse quiénes

eran los traidores, quiénes los traicionados. Pese a que se guardaba secreto sobre los sobornos, todos sospechaban de todos y al verse figurar en el casillero de "buenos" se sabían víctimas de algún soplón y se apresuraban a pagarle con la misma moneda. Fueron momentos de inestabilidad y confusión hasta para el propio Benito, quien empezó a perder la brújula para distinguir quién estaba comportándose bien y por ello merecía la inclusión en la columna del mal, y quién debía ser castigado por malo como "bueno". Más que confuso, Benito estaba desilusionado como un niño que descubre la identidad de los Reyes Magos. Se había resignado al juego de corresponder a las gentilezas de sus amigos fingiendo detestarlos porque suponía que así lograría una mínima aceptación en el ambiente de "Cumbres . . .". Enterarse de los nuevos chistes, saber que los ingenios de la colonia trabajaban a marchas forzadas para fabricarle apodosos y no había quinceañera que no imitara su tartamudeo, debe haberlo deprimido al extremo de hacerlo pensar en descolgar el pizarrón, retirarse de la noble actividad de juzgar el comportamiento ajeno. No lo hizo, pero tomó una decisión tan atroz como el retiro.

Dando una prueba de sangre fría, se autocatalogó como "malo" y escribió su nombre en esa columna. Nadie supo nunca con certeza si Benito lo hizo para castigarse por haber explotado ilícitamente su poder judicial, o sí, abrumado por la opinión de los demás, resolvió darles la razón y considerarse nauseabundo, grotesco, repelente y como consecuencia . . . "malo". En todo caso, estas hipótesis se formularon mucho después. Al conocer la autoflagelación de Benito nadie tenía humor para hacer especulaciones. Su anotación fue tomada como un fraude por los que, a base de obsequios y adulaciones, habían alcanzado una mención permanente en la mala columna. Todo el prestigio que traía consigo una nominación en ella se convirtió en motivo de vergüenza. ¿Qué objeto tenía figurar entre los aborrecidos por el unicornio Ampudia si él mismo se incluía en ese grupo? ¿Había entonces alguna diferencia entre los juzgados y el juez? El dilema era irresoluble. Si se buscaba un lugar en los "buenos" para huir de la compañía de Benito se bajaba de puesto en lugar de ascender. Si se continuaba en la lista de "malos" a base de regalos y delicadezas con él, jamás se le podría aventajar en cruces, pues la constante corrupción lo haría sentirse más y más despreciable. Lo más lógico, en estas circunstancias, hubiera sido que el pizarrón perdiera todo interés para la juventud de Cumbres del Valle. Pero no fue así.

La ceguera no era el único atributo intelectual de aquellos jóvenes. Los más intuitivos debieron comprender que la falta del pizarrón produciría un vacío en el ambiente imposible de llenar; no sólo quedarían atrapados en las redes del tedio: les faltaría el código para fundamentar el criterio sobre sí mismos, la clave para distinguir quién era quién. Se hicieron toda clase de intentos por convencer a Benito de que era un ser ajeno a toda maldad; se le explicó detenidamente que no había recibido sobornos, sino pruebas de un afecto que él creía sincero; se le sugirió incluso que devolviera los regalos malhabidos para dejar limpia su conciencia. Ninguno lo confesó, pero todos se acercaron para exponerle distintos argumentos que demostraban su inocencia de un modo contundente. Fue una labor colectiva que cada uno creyó personal. Se necesitó infinita paciencia y poder persuasivo para doblegar las inflexibles convicciones de Benito, pero finalmente se logró que cediera. El pizarrón continuó, ahora con la pureza y la ingenuidad de sus inicios. De nuevo, los más hostiles con Benito fueron "malos" y los indiferentes llanamente "buenos". Otra vez la columna de los "malos" creció hasta casi saturarse. Digo casi, porque todavía quedaban tres o cuatro "buenos" cuando Be-

nito fue llevado al sanatorio. La versión que su familia dio fue que se iba a un retiro con sacerdotes jesuitas. En realidad se trataba de una operación altamente riesgosa para extirparle el tumor, que corría peligro de volverse maligno si no se intervenía.

La operación hubiera resultado un éxito, a no ser por el botón de la bata del neurólogo que cayó entre los pliegues del cerebro de Benito sin ser advertido por el personal del quirófano. Los insultos, protestas y amenazas altisonantes que todos los familiares lanzaron contra el doctor al conocerse la causa de la muerte hubieran hecho pensar a cualquiera que no se sentían liberados de un lastre, íntimamente agradecidos por el accidente. Cuando la noticia corrió por la colonia, todavía estaba colgado el pizarrón que mostraba el balance final de los juicios de Benito. Fue necesario que él muriera para que al fin su evaluación fuera considerada con toda rectitud. La crueldad de los que habían quedado consignados en la columna de “malos” no tenía perdón. A los ojos de “Cumbres” aparecían como cómplices del homicida doctor. Además, la prueba de su infamia era inborrable. Benito no resucitaría para ponerlos como buenos y morir después. A pesar de que ahora todo el barrio los tenía en la lista negra, algunos “malos” fueron al entierro, si bien es cierto que tuvieron la prudencia de observar desde lejos cómo se hundía el ataúd. No llegaron al cinismo de acercarse al cortejo para dar un pésame que la familia, no guardando ningún rencor, hubiera recibido gustosa. Es posible que se hayan sentido atormentados en los meses que siguieron al fallecimiento, pero ninguno dio muestras de nerviosismo o desequilibrio. Aunque tenían sobre sí el inalterable veredicto de Benito, no parecía pesarles tener un enemigo en el otro mundo, ni se podía deducir de su actitud que algunos sintieran culpa por haberle hecho la vida insoportable. Por un mínimo decoro, nadie volvió a mencionar a Benito ni para bien ni para mal. Junto con su cuerpo, desapareció también su recuerdo.

Después, el tiempo separó a los muchachos de “Cumbres” y el destino los lanzó a la aventura de su realización personal. Hoy sus nombres figuran ya no en un pizarrón, sino en diversas nóminas de empresas donde, cada mañana, se presentan sudando dinamismo y espíritu de servicio con la esperanza de alcanzar el peldaño siguiente del organigrama. A juzgar por su expresión apacible y resignada, deben sentirse satisfechos con las familias saludables que ahora encabezan. Empieza el atardecer de sus vidas, y con él una profunda siesta. El consenso de sus vecinos es que son gentes sencillas, o para decirlo más claramente, buenas personas. Tal vez muy pocos recuerden ya el caso de Benito, o finjan haberlo olvidado, pero es probable que en algunos momentos de lucidez, cuando su buena mujer les permite llegar a la cuarta cerveza, sientan que un joven cruel como lo fueron ellos es quien ahora los juzga en un pizarrón, y pueden verlo entre brumas añadiendo a sus nombres una interminable fila de cruces.